

## PALABRA FINAL

### Sal de la tierra

A pesar de sus enormes diversidades, los pueblos de la tierra tienen algunas pocas cosas en común. Una de ellas es sazonar la comida con sal. Por sencilla o complicada que sea la cocina –a menos que se trate de un helado–, le echamos sal. La cocinera o cocinero que emplee tres horas mezclando ingredientes y calculando temperaturas y al final se olvide la sal habrá echado a perder irremediablemente sus guisos.

Olvidarse de la sal nos recuerda otra cosa que compartimos. Damos por descontadas las cosas más sencillas y fundamentales y tendemos a olvidarlas. Un ejemplo podría ser la finalidad sencilla y fundamental de una vida evangélica: ayudar a otros a conocer a Jesús. Por largos y complicados que sean los procesos de refundación y fidelidad creativa, el producto final es llevar a Cristo a los demás. La comunidad que lo olvide vicia en su raíz los planes que se proponga realizar.

Todo esto se dice para llamar la atención sobre algo tan simple como la sal – la manera ordinaria de ayudar a otros a conocer a Jesús. Maestro Ignacio hizo alusión directa a esto en la Parte VII de las *Constituciones* de la Compañía: “Lo primero ocurre ser el buen ejemplo de toda honestidad y virtud cristiana, procurando no menos sino más edificar con las buenas obras que con las palabras los con quien se trata” [637].

Todas las congregaciones han tenido que descubrir lo bueno en sus constituciones y, aún más allá, inspirarse en las vidas y carisma de sus fundadores. La Comunidad de Vida Cristiana ha tenido prácticamente que reinventar su camino ignaciano hacia Dios. Y ahora todas las comunidades ignacianas se enfrentan con el difícil proceso de la fidelidad creativa.

Al hacerlo hemos procurado estudiar y reflexionar. Nos hemos decidido a echar una mirada a la vida apostólica en el mundo. Todos nos hemos abierto a conversiones intelectuales y espirituales, especialmente a través de nuevas maneras de experimentar los *Ejercicios Espirituales*. Hemos practicado el discernimiento espiritual y hemos intentado seriamente hacer discernimiento en común. De todo ello han emanado documentos espléndidos, muchas experiencias de trabajo en grupo, y mucho todavía que hacer.

Muy bien. El Espíritu Santo nos ha estado guiando en todo esto. Pero no os olvidéis de la sal. La sal es la vida santa que de hecho vivimos, vida de entrega y servicio, de oración y adoración. La vida sencillamente buena es el regalo de Dios a cada uno y a todos nosotros y al mundo en que vivimos. Pero todo ello sólo ayudará a los que nos rodean si les damos “buen ejemplo”. Esto significa al menos vivir transparentemente como hombres y mujeres para los demás, que practican el bien expresamente por amor de Jesucristo. Esto es lo que nos hace sal de la tierra.